



# mesita DE noche

P A T R I C I A Z A M A

## La historia de Elena

Con poco tratamiento en la prensa ha circulado el libro *Memorias de Helena Paz Garro* (editorial Océano). Es el primero en prosa que publica la hija de Elena Garro y Octavio Paz, cuya obra poética fue editada en Europa (París y Madrid) y mereció el elogio de Ernest Junger. Helena dice que desde niña acostumbra escribir su diario y aunque muchos de esos cuadernos se perdieron en las mudanzas, con el material que conserva y con los recuerdos que siempre le asedian reconstruyó su vida que resulta un implacable espejo de la vida de sus famosos padres. A pesar de que se propone evocar “esos días felices, redondos y dorados como las esferas de los árboles de navidad” y que el texto es un tributo a la belleza, donde caben desde el ballet clásico hasta las hadas, lleno de episodios con personajes famosos, dentro de castillos antiguos y escenarios magníficos:

Nueva York, París, Tokio, Alemania, en cada página asoma, como en las novelas de Francis Scott Fitzgerald, detrás de los objetos bellos y la inteligencia brillante, la tragedia. Transcribo un fragmento:

“Mis padres vivían en la calle de Saltillo, donde compartían una casa de tres pisos con mi tía Deva, su marido y sus hijos [...] Yo vivía con mi abuela Pepa y su segundo marido quien, además, era su primo hermano: Pepe Delgado Lozano [...]

Tendría unos tres años cuando me vi envuelta en una tragedia. Pepe me tomó en brazos y me llevó a casa de mis padres. Yo echaba un líquido verdoso y sangre por mis genitales. Era un domingo y estaba toda la familia Garro [...] Llamaron en seguida al doctor [...] se alarmó mucho: Esta niña ha sido violada repetidamente y, además, tiene una gonorrea ya antigua. [...] De esta casa no se mueve ningún hombre! –dijo con energía mi abuelo [José



Sebastián

Antonio Garro]–, nos vamos a hacer todos la prueba de la gonorrea. Pepe, viéndose atrapado, respondió con cinismo: Es inútil. Yo la tengo hace años [...] Esas violaciones y el tratamiento me dejaron estéril. No obstante, tan pronto estuve curada, mi padre me volvió a llevar a vivir a casa de su madre, y me volvieron a contagiar la gonorrea”.

Cuenta que por esa época Octavio Paz trabajaba en Nacional Financiera (quemaba billetes en el rastro) y Elena Garro era reportera de la Coordinator’s Office de Nelson Rockefeller. Ella consiguió para Octavio la beca Guggenheim y la familia se trasladó a Berkeley. “El dinero de la beca no alcanzaba y,

entonces, mi madre se metió de criada...”

Después de San Francisco, se trasladan a Nueva York. Octavio daba clases en la Universidad de Middlebury, donde vivía con una amante chilena, mientras Elena se había instalado en el Greenwich Village y era editora de la revista Hemisferio en español. Vivían con ella Helenita y la abuela Esperanza, madre de Elena Garro. Juan de la Cabada era entonces canciller en el consulado de México en Nueva York. Él y Elena se habían hecho amigos en España, durante la Guerra Civil y ahora, al reencontrarse, Juan, acompañado de su amigo Henry Miller, la visitaba con frecuencia. Otro asiduo

de la casa era Finki hijo de Luis Araquistain (presidente del Partido Socialista Obrero Español). Finki y Elena se hicieron amantes, ella quedó embarazada y él “la rechazó de mala manera”. Ella decidió abortar y fue Juan de la Cabada quien la llevó con un médico y la cuidó.

Durante un viaje a México para conseguir la penicilina que curara a su hermana Estrella (padecía tuberculosis), Elena conoció al secretario de Relaciones Exteriores, Francisco Castillo Nájera. Cuando Octavio lo supo, “Yo me acuerdo cómo fue a vernos y a suplicarle de rodillas –y no es metáfora– a mi madre para que fuera a ver a Castillo Nájera e intercediera por él [...] Al final, Castillo Nájera nombró a mi padre canciller en las Naciones Unidas, recién fundadas. Y unos meses después, tercer secretario de embajada en París”.

### Escenas de familia

Primero Octavio viajó a París. Ahí lo alcanzaron las dos Elenas y la familia ocupó un departamento de la avenida Víctor Hugo que otro diplomático acababa de desocupar. Según recuerda Helena, el departamento era amplio y elegante. Ahí, por temporadas, Elena Garro se aislaba en su cuarto sin contestar el teléfono y después de quince días de encierro salía con un manuscrito: “se lo leía entusiasmada a mi padre.



Sebastián

Él se ponía a sollozar. Yo espiaba la escena pero no entendía nada: ‘Eres un genio... eres mejor escritora que yo’. Se ponía de rodillas y le suplicaba que lo quemara. Mi madre, con cara de congoja lo tiraba a la chimenea –siempre prendida en invierno– y mi padre se ponía feliz. ‘Que buena eres Helencitos!’” Los domingos, en París, la familia se entretenía representando obras de Molière “Por supuesto no nos sabíamos las obras de memoria. Tomábamos el libro y lo leíamos en voz alta, con diversas entonaciones que nos hacían reír”. Durante unas vacaciones de Helena en Suiza, Octavio Paz le escribió una novela por entregas con las aventuras de unos niños en Yucatán.

Helena recuerda que sus padres en casa peleaban mucho y en la calle nunca iban tomados del brazo. “Un día, mi madre esperó a que mi padre se fuera a la embajada y me dijo: Mira Chatita, nos vamos a volver a dormir. Pero yo no quiero, mamá. Sí, sí, vamos a tener un sueño rico. Tómate estas pastillitas. Me dio muchas pastillas blancas con un vaso de agua y mandó temprano a las compras a Narciso. Me dormí, pero Narciso la había visto desesperada y llorar a escondidas, así que regresó [...] le pidió ayuda a Pièrre y entre los dos tiraron la puerta de la entrada [...] Mi madre había abierto un gran tubo de gas [...] años des-

pues comprendí que se había tratado de suicidar y no queriendo dejarme sola en el mundo, decidió llevarme con ella.” Luego relata otro intento de suicidio. Esa vez rescataron a Elena Garro “colgada del cuello con un alambre del enorme candil. Llevaba unos pantalones negros y parecía un muñeco desarticulado.”

### Costumbres de pareja

“Había muchas cosas que me avergonzaban de mi padre –continúa Helena–. Una de ellas era que él tenía la costumbre de llevar a sus amantes a la casa. Tuvo varias andanzas, siempre con mujeres que lo dominaban y, además, nos regañaban a mi madre y a mí como se les daba la gana. Me acuerdo de la primera, Estelita Lastre [...] se fueron juntos a Italia, en el auto de Estela”. Y sigue: “Una de las cosas más extrañas que hicieron mis padres en esos primeros años de París era pelearse, discutir más bien, con ahínco de cosas que yo no comprendía y luego llamarme de árbitro. ¿Quién tiene la razón Chatita? Como no entendía bien, resolvía al azar”.

Elena Garro se movía en los cafés y los salones de baile. Así se hizo amiga de André Bretón a quien presentó después con Octavio Paz. También fue ella quien llevó a la casa a Albert Camus (después de haber bailado con él una noche entera) y a Jean Paul Sartre, con quien solía

tener discusiones de café. Otro asiduo fue Christian Dior, quien prestaba los vestidos que Elena lucía en las fiestas. Por la casa de Víctor Hugo desfilaron también Pedro Coronel y el grupo de argentinos: José Bianco, Bioy Casares y Victoria Ocampo. Con la exposición de arte mexicano organizada por Fernando Gamboa, llegaron Rufino Tamayo y su esposa: “Olga Tamayo iba todos los días a la casa [...] a medida que empinaba el codo le daba por llorar y contarle toda su vida a mi mamá [...] llorando a gritos, contaba una y otra vez la terrible paliza que le dio Tamayo. Se la tuvieron que llevar en ambulancia a un hospital de caridad en Nueva York [...] estos numeritos los aguantamos durante todo un año. Esto sin contar los pleitos de los Tamayo en la casa”.

### El gran amor

Según las memorias de Helena Paz, el gran amor de Elena Garro fue Adolfo Bioy Casares: “Su comprensión era completa, física y espiritual. Eran almas parecidas. Muy dulces los dos y débiles de carácter [...] Mi madre, asombrada de que un hombre tan guapo como Bioy no tuviera hijos, le ofreció uno”. La reacción de Octavio Paz fue rotunda: “Ese niño, legalmente es mío. Cuando nazca se lo voy a mandar a mi madre. Y si tú te vas con Bioy, no vuelves a ver a Helena, pues el diplomático y el que

tiene el poder soy yo. La embajada me apoyará ¡Pobre estúpida! Fue cuando mi madre renunció al niño y decidió abortar”. Enferma y deprimida, Elena Garro se quedó en París con su hija mientras Octavio Paz cumplía una misión diplomática en Nueva Delhi. La siguiente misión de Paz fue en Japón (agregado de negocios). Ahí sí llegaron las dos Elenas, pero la Garro padecía entonces un mielitis a consecuencia de la infección posterior al aborto. La trataron con cortisona y esto le dejó como secuela una arritmia cardiaca. La oficina en Tokio y la residencia de los Paz-Garro eran un par de cuartos en el hotel Imperial, donde la pequeña Helena descubrió una tertulia semanal en una de las salas de té. La niña se incorporó con naturalidad y trabajó amistad con el más joven de los asiduos: Yukio Mishima, quien le regaló una muñeca del siglo XVI y Los tres tesoros, un cuento para niños escrito por Ryunosuke Akutagawa, el autor de Rashomon, la novela que llevó al cine Akira Kurosawa. A la estancia en Tokio siguió Berna y luego Ginebra. Poco tiempo después le dieron a Octavio Paz un nombramiento en la ciudad de México y la familia regresó. Abordaron un barco alemán y tras una breve escala en Nueva York, llegaron a vivir a la ciudad de México. “Mi madre tenía una especie de salón literario adonde iban Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, Jomi

García Ascot, Ramón Xirau, Luis Villoro, Jorge Portilla, Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Emmanuel Carballo [...] La sagrada familia, alguien nos puso de broma”.

### Amistades literarias

Cuenta Helena Paz que Carlos Fuentes era el “discípulo favorito” de Octavio, pero cuando publicó La región más transparente “mi padre se reconoció en el héroe que era un mexicano mestizo y le entró una rabia tremenda contra Carlos [...] Mi padre como siempre, recurrió a mi madre para que lo vengara: Atácalo, Helencitos, usa tu burla, tu ironía, afila tus pensamientos y písale la sombra [...] mi madre escribió una crítica feroz”. Después de un par de años en la ciudad de México, Octavio Paz volvió en misión diplo-

mática a Nueva York. Esa vez lo acompañó primero su hija y un año después los alcanzó la Garro. El libro de más de 400 páginas acaba en Nueva York, cuando Helena tiene apenas unos 17 años, el romance entre la Garro y Bioy ha terminado de manera definitiva y la separación de la familia parece inminente.

Si el lector cotejara estas Memorias de Helena Paz con las novelas, cuentos y piezas teatrales de Elena Garro, encontraría correspondencias exactas. También están las claves no sólo de las vidas de dos mentes brillantes: Garro y Paz, sino también las claves de la sensibilidad de la poeta Helena Paz y el retrato fiel del mundillo intelectual. Helena Paz trabaja ahora en la segunda parte de sus memorias.



Sebastián